



cuestiones que aún se estaban agitando. Pero su esperanza se vió defraudada, pues fué imposible dar la institucion canónica á los obispos designados por los principes protestantes para ocupar las nuevas sedes, especialmente al baron de Wessenberg, que despues de haber sido coadjutor del príncipe de Dalberg, en Constanza, habia sido elegido vicario general á la muerte del príncipe primado, y habia sido desechado por la Santa Sede por graves y legítimos motivos (15 de Marzo de 1817). El papa habia sabido, en efecto, que aquellos obispos se habian obligado de una manera general á adherirse á los principios establecidos por el Estado, en una pretendida pragmática eclesiástica, condenada por Roma en 1819. Interrumpidas de esta suerte las negociaciones, no volvieron á entablarse hasta el pontificado de Leon XII, que teniendo en consideracion las circunstancias locales, regularizó, por medio de la bula *Ad Dominici gregis custodiam* (11 de Abril de 1827), lo concerniente al método futuro de eleccion, el proceso de informacion, la constitucion de los cabildos, el nombramiento de sus individuos, los seminarios, la libertad de comunicar con Roma y el ejercicio de los derechos episcopales. En consecuencia de esta bula, de 21 de Octubre de 1827, el primer arzobispo y metropolitano de la provincia eclesiástica del alto Rhin, Bernardo Boll, primer obispo de Friburgo (sustituido á Constanza), entró solemnemente en la elegante catedral de aquella ciudad, y diez y ocho meses despues (19 de Mayo de 1829) fué instalado á su vez el obispo de Rottenburgo. Á pesar de todo, los gobiernos interesados, que de comun acuerdo debian arreglar las relaciones del Estado y la Iglesia, y determinar el modo de accion, de vigilancia y proteccion que debian ambos ejercer mutuamente, no quisieron publicar este reglamento hasta despues que el Papa hubiese nombrado las personas para los cinco obispados aún vacantes. Una vez hechos estos nombramientos, despues de prolongados debates, y comprometidas ambas partes á ejecutar las resoluciones convenidas, publicóse en 30 de Enero de 1830 un reglamento en treinta y nueve párrafos que, no siendo en sustancia más que

la reproduccion de la pragmática recientemente desechada por el Papa, privaba á la Iglesia de toda libertad real, y sometia todos sus actos al capricho de la policia. Pronuncióse con valentía el baron de Horstein contra este reglamento en las cámaras de Wurtemberg, y demostró claramente cuánto lastimaban algunos de aquellos párrafos la justicia y los derechos de la Iglesia. Quejóse tambien el Papa Pio VII, acusando á los obispos de la provincia eclesiástica del alto Rhin de haber callado cuando estaban en deber de alzar la voz y declarar, como los apóstoles, que es menester obedecer primero á Dios que á los hombres. Eran tanto más fundados los temores de los católicos y del Soberano Pontífice, cuanto que encargó la ejecucion del reglamento á los mismos que habian preparado y dirigido todo el negocio.

La Iglesia se convirtió, hasta cierto punto, en uno de los ramos del ministerio del Interior y de los Cultos, y las autoridades eclesiásticas ya no fueron, por decirlo así, más que funcionarios dependientes de la autoridad civil y administrativa. Así fué que la Iglesia de la provincia eclesiástica del Rhin fué realmente privada de toda libertad é independencia en un país en que, como Baden, las cámaras excesivamente celosas de los derechos que la constitucion les confiere, aspirando de día en día á una organizacion todavia más liberal y democrática, desconocian, á pesar de esto, los derechos del clero, y no trataban más que de esclavizar á la Iglesia y separarla de Roma, si Roma se negaba á sancionar esta servidumbre. Semejante tiranía política tuvo por campeones, no solamente á diputados legos, como los Ruef, los Roteck y los Welker, sino tambien á eclesiásticos, y entre éstos todos los que deseaban casarse. El gobierno se asoció francamente á la iniciativa tomada por las Cámaras. Su tutela de la Iglesia se convirtió en un verdadero despotismo, que obligó al arzobispo Boll, el más pacífico y tolerante de los hombres, á renunciar en los últimos años de su vida la administracion de su diócesis.

La discusion religiosa agitada en Prusia (1817) y que habia conmovido hondamente á



todo el catolicismo, debía encontrar eco en un país donde la fe católica habia sido tan noblemente defendida por los trabajos del inmortal Mœhler. El Wurtemberg, cuya situacion respecto de los matrimonios mixtos y la libertad de la Iglesia católica era igual á la de la Prusia, vió, sobre todo entre el clero joven, manifestarse una reaccion general contra el ejercicio del *jus in sacra*, usurpado por el gobierno. El obispo de Rottenburgo, que antes habia comprometido su reputacion en los asuntos eclesiásticos del Wurtemberg, creyó al fin deber hacer en la segunda Cámara una mocion, en la cual reclamaba á favor de la autonomia ó libertad de la Iglesia, garantida por la constitucion. En vano alegó el obispo las más poderosas razones; tan pocas simpatías encontró en los hombres encargados de la defensa de los derechos atribuidos á todos, que uno de los individuos de la Cámara, conocido por la exageracion de su liberalismo eclesiástico, Carové, creyó deber echar en cara á sus colegas el haber desconocido en aquella ocasion la justicia y el verdadero espíritu del siglo.

Nada adelantó tampoco el infatigable obispo de Rottenburgo cuando reclamó contra la violenta medida que alejaba de la universidad de Tubinga al elocuente y docto profesor Mack, y echaba del colegio de Guillelmo á los pasantes animados del mismo espíritu del maestro. Los enemigos de la Iglesia hallaron un medio fácil y cómodo de refutacion: se impuso silencio, destituyéndolos, á los hombres influyentes de las varias universidades del círculo del Rhin. Habiendo expuesto el doctor Riffel, profesor de teología católica en la universidad de Giessen (gran ducado de Hesse), los orígenes de la reforma, fué, no científicamente refutado, sino administrativamente echado de su puesto.

Sin embargo, la primera Cámara de Wurtemberg se muestra más digna y más justa, votando el 6 de Junio de 1842 una exposicion al rey para suplicarle arregle de un modo más preciso y por los medios convenientes la posicion de la Iglesia católica respecto del poder político. Los católicos pueden contar con la benevolencia del rey de Wurtemberg, especialmente por haber adquirido ya derechos á su

reconocimiento y al de toda la Alemania, creando la facultad teológica de Tubinga, tan notable é influyente por el mérito de sus profesores y por la fundacion del colegio de Guillelmo, que le está anexo. No se quedará rezagado Baden. Los recientes sucesos (Kuenzer, en Constanza), han debido probarle que ni el Estado en la Iglesia pueden contar ya con los pretendidos liberales eclesiásticos. El vuelo que ha ido tomando la enseñanza de la teología en la universidad de Friburgo, y los resultados de la apertura de su colegio en 1842, han sobrepujado ciertamente las más halagüeñas esperanzas que hubieran podido concebirse diez años atrás. El triste recuerdo de los acontecimientos de que recientemente ha sido teatro la provincia del alto Rhin, y de la persecucion ejercida contra los más fieles hijos de la Iglesia, como Mœhler, por ejemplo, se dulcifica mucho sin duda, cuando consideramos que el mismo mal ha ido abriendo los ojos á muchos, que los sacerdotes fieles se han purificado más en medio de las pruebas, y que el árbol de la Iglesia, azotado por la tempestad, ha ido echando más corpulentas raíces. La mies va sazónándose, y campos poco antes estériles se están cubriendo de abundante cosecha. Como en las primeras edades del cristianismo, los tiempos de persecucion son para la Iglesia los más venturosos y fecundos.

La literatura religiosa de la Alemania permaneció animada del mezquino espíritu impreso por José II á todas sus reformas eclesiásticas, hasta el momento en que, victoriosa la Iglesia de las horribles tormentas que la habian combatido, volvió á encontrar hasta en las filas de sus enemigos, á hombres de inteligencia y corazon capaces de comprender la verdad y defenderla con esa elevacion de miras, esa nobleza de sentimientos y esa uncion en el lenguaje que sólo el espíritu de Dios puede inspirar. Tales fueron entre los católicos convertidos al catolicismo y consagrados á su causa, Federico Leopoldo Stolberg, Fr. Schlegel, Carlos Luis Haller, Zacarias Werner, Adan Muller, Beckendorf, Jarke, Philipps, Mœller, padre, Herbst, que trataron la teología, no ya solamente bajo el limitado punto de vista de la utilidad de los



seminarios, sino con la amplitud que requiere la más sublime de las ciencias. Stolberg profundizó la historia en general y la de la Iglesia en particular, y dió el primero, con Schlegel, á la prensa periódica católica, el movimiento en que ha seguido desde entonces.

Fundado y sostenido por él, *El Museo germánico*, y más adelante *La Europa*, *El Ateísmo*, *El Observador austriaco* y otros periódicos, esparcieron la luz de la doctrina católica sobre todos los ramos de los conocimientos humanos: teología, historia eclesiástica, economía política, filosofía, filología, poesía y bellas artes. Más feliz que Stolberg, que despues de su conversion perdió el concurso de Voss, Schlegel, al volver á la Iglesia católica, conservó la mayor parte de sus colaboradores y amigos de la escuela romántica (11 de Enero de 1829). Adan Muller propagó en política las mismas ideas é iguales principios católicos, por medio del acreditado periódico *Deutschen Staatsanzeigen*, que Jarke y Philipps continuaron, con tanto talento como habilidad en la Gaceta política de Berlin (*Berliner politischen Wochenblatte*), preparando de este modo la creación de los periódicos puramente religiosos y teológicos, de que hablaremos más adelante. Wiest y Waibel trataron la dogmática de un modo positivo y lucido, sin llegar por esto á la claridad y al método de Liebermann, cuyas excelentes instituciones teológicas fueron admitidas como base de la enseñanza académica en Roma. Oberthurse fijó principalmente en el lado bíblico. Hermes procuró, en oposicion al kantismo, dar á la dogmática una base filosófica y demostrar las relaciones de sus partes de una manera más rigurosa. El ingenioso Zimmer, y despues de él Seber, procuró sistematizarla, segun las ideas de la filosofía de la identidad de Schelling. Dobmayer y Brenner la hicieron proceder, como San Agustin, de la idea de la ciudad de Dios, sin haber desarrollado, sin embargo, esta fecunda idea con el rigor que se nota en el trabajo especulativo de Drey. Fr. Baader, más especulativo todavía, y sobre todo más oscuro, pretendió identificar su filosofía mística con el cristianismo, y justificar la una por el otro, siendo así que de hecho, sus ideas son el desen-

volvimiento ó la aplicacion del sistema teosófico de Jacobo Bøhm, y de consiguiente muchas veces en oposicion con el dogma católico, al que alteran ó falsean. El pensamiento de Baader es profundo y abundante, y su intencion recta y formal; pero su estilo es oscuro y amanerado, y su método embrollado y poco filosófico; el conjunto carece de fuerza y de unidad. En sus últimas obras sobre todo («conviene ó no hacerse independiente de la supremacia romana, bajo el punto de vista científico?» Nuremberg, 1839) incurre el autor en tan manifiestas contradicciones con los asertos y protestas de sus obras anteriores, que no se las puede considerar más que como expresion de una alma triste é irritada, ó de un espíritu débil y enfermizo.

Hubiérale sido imposible, sin esto, el pretender encontrar más elementos de fuerza, de vitalidad y de porvenir en la Iglesia griega, hace tanto tiempo estacionaria y subyugada, que la Iglesia de Occidente, siempre militante y victoriosa en las vías del progreso y de la libertad. Otro tanto podríamos decir de la correspondencia de sus últimos años. Lo que mitiga el pesar que producen esos extravíos de un gran talento es que Baader, mejor inspirado en el término de su carrera, se reconcilió con esa Iglesia, cuya excelencia habia puesto en duda, y recibió sus supremos consuelos. Pensador tan profundo, pero más brillante, Francisco Hoffmann de Wurtzburgo, discípulo y amigo de Baader, esclareció muchos puntos oscuros de la doctrina de su maestro, en su introduccion á la filosofía de Baader, y probó al mismo tiempo cuántos progresos ha hecho en la Iglesia alemana el espíritu interior en el espacio de algunos años. Sengler, Gengle, Schmitt, Alberto Kreuzhage, han seguido el mismo camino, con éxito igual, y han sido sobrepujados todos por Antonio Gunther, su comentador Enrique Pabst, de Viena (m. 1838), y el célebre predicador, tambien de Viena, Antonio Veith, que ha popularizado la ideas de Gunther, aplicándolas de una manera práctica en su *Explicacion del Padre nuestro*. Hock, y más recientemente Juan Bautista Baltzer, han seguido las huellas de esos piadosos y sabios teólogos. En-



rique Klée, profesor en Bonn y en Munich, arrebatao prematuramente á la ciencia (m. 28 de Julio de 1840), resumió la teología en un compendio lleno de interés y de vida. Berlage, profesor en Munster, se ha propuesto, principalmente en su dogmática especulativa, aplicar el sistema de Hermes. Pero el teólogo que ha combatido con más energía, talento y fruto la indiferencia del siglo y las doctrinas negativas del protestantismo, ha sido, sin contradiccion, Juan Adan Møhler. En su Simbólica brillan el más tierno amor de Jesucristo, la más completa adhesion á la Iglesia y la ciencia más sólida y serena; libro que combate á la vez y refuta victoriosamente todos los sistemas protestantes; luteranos, calvinistas y reformados. El talento original, el profundo sentimiento y los conocimientos variados de Møhler le han hecho evitar los escollos del falso misticismo. Ninguna obra habia producido, desde hace mucho tiempo, en el dominio religioso, tan poderosa sensacion como esa Simbólica, que despertó todas las potencias adormecidas del protestantismo. La lucha fué animadísima. Møhler desplegó en ella extraordinaria habilidad, y por la variedad de la forma y de la expresion se mostró incontestablemente superior á sus adversarios.

Møhler murió, como Klée, antes de tiempo, por uno de esos decretos de la Providencia, que el cristiano adora sin poderlos comprender (28 de Abril de 1828), pero le ha sobrevivido su espíritu en la escuela teológica que él fundó, y cuyos esclarecidos discípulos y continuadores son Stauder, maier, Kuhn, Hefe, Reithmayer.

Por otra parte, antes de Møhler habia encontrado el catolicismo elocuentes y populares apologistas en Kastner, Precht, Brenner, Geiger, Onymus, Sambuga, Galura, Schwarzhueber, Widmer, el obispo Frint, y sobre todo en el santo y espiritual obispo de Ratisbona, Sailer, que reanimó la fé de la juventud alemana, mostrándole en el evangelio el principio de la verdadera dignidad del hombre con su libro de los dogmas fundamentales de la religion, y que condujo muchas almas engañadas á lo más formal de la vida cristiana, con su traduccion de cartas sacadas de todos los siglos.

En teología moral, Sailer es tambien, hasta hoy dia, el autor más estimado, entre los apreciables escritores que se han ocupado de esta parte de los estudios teológicos, como Geishütner, Reyberger, Schenkl, Wanker, Riegler y Stapf, y cuyas obras, útiles y propagadas á su aparicion, han quedado todas eclipsadas por las de Hirscher.

Este, que desde el principio de su carrera prefirió la exposicion sencilla, clara y positiva del evangelio á los sutiles procedimientos de un escolasticismo degenerado, es en el dia, con Møhler, la lumbrera de las universidades católicas y el doctor de la Iglesia de Alemania. Su moral cristiana, por largo tiempo esperada con impaciencia y acogida con aplauso inmenso, está ejerciendo la más saludable y fecunda influencia. Hirscher habrá merecido bien, no solamente de sus contemporáneos, sino tambien de la posteridad reconocida, cuando perfeccionando su catecismo (1842), haya hecho resaltar más algunas cuestiones importantes de la doctrina, como las de la Iglesia, por ejemplo, y haya sobre todo simplificado su trabajo, no tanto para evitar pena y fatiga al catequista, como para asegurar más y más sus resultados en los catecúmenos.

No han estado descuidados tampoco en los últimos tiempos los trabajos sobre la interpretacion de las santas escrituras. Hombres de un talento reconocido echaron de una manera sólida los cimientos de este estudio, por medio de la hermenéutica y de lo que se llama en el dia la introduccion al conocimiento del antiguo y nuevo testamento. Católicos y protestantes han apreciado las publicaciones de los sabios profesores Jahn, de Viena (Introduccion al antiguo y nuevo testamento. Arqueología bíblica); Hug, de Friburgo (Intr. al N. T.); Feilmoser de Tubinga (Intr. al N. T.); Unterkirsher (Intr. al N. T.); Herbst; Welte, de Tubinga; Movers, de Breslau; Schleyer, de Friburgo; Haneberg, de Munich, ardientes adversarios de la crítica exagerada de los protestantes; y de los profesores Arigler, Gerhauser, Ranolder y Lehnis; sobre la hermenéutica. Detrás de estos autores, tan ortodoxos como eruditos, vienen Allioli, que teniendo á la vista la Biblia alemana y la-



tina de Braun, ha comentado toda la santa escritura; Schnappinger, Kistemaker y Massl, que han explicado el nuevo testamento en estilo popular; Brentano, que empezó de una manera más científica un comentario de la biblia, recomendable sobre todo por las eruditas introducciones colocadas al frente de cada libro, continuado por Dereser y acabado por el profesor Scholz, de Bonn, autor de una arqueología bíblica y de una edición crítica del nuevo testamento muy estimada; Leopoldo Schmid Enrique Klée, Mack, de Tubinga; Stengel, de Friburgo; Gerhauser, cuyos comentarios son más profundos; Maier, autor de un comentario de San Juan, y Windischmann, que se está ocupando de un manual exégetico del nuevo testamento, del cual ha salido ya la «Epístola á los Gálatas.»

Aparte los trabajos históricos, la Alemania sábia se ha ocupado formalmente del derecho canónico en sus relaciones con la historia eclesiástica, pudiendo citarse sobre el particular las obras de Frey, Schenkl, Pelka, Walter, de Dróst, Cherier y Buss; y de la patrología ó historia de la literatura cristiana, como lo prueban los esfuerzos, aunque insuficientes, de Winter, Wiest, Buss, Goldwitzer, Locherer, Annegarn, y un trabajo más extenso y muy útil, cuando esté completo, de Permaneder, de Freisingen. Todo lo hecho en esta materia se debe al movimiento impreso por Møhler, cuya muerte desgraciadamente interrumpió los trabajos sobre la antigüedad cristiana que estaba haciendo, y que recogidos en fragmentos han sido publicados por su discípulo Reithmeyer.

El mejor tratado de teología pastoral que la Alemania posee es el de Sailer, al que han seguido despues las obras de Powondra, Reichenberger, Zenner, Gollowitz, Brockmann, Ed. Herzog, y muchos tratados especiales de homilética y catequística, como los de Hirscher, Muller y Zarbl.

En medio de todos estos esfuerzos científicos, no se ha echado en olvido la educación práctica y religiosa del pueblo; sacerdotes y legos se han consagrado á ella, y puede decirse que es éste uno de los rasgos característicos de nuestra época. Una de las consagraciones

más generosas y perseverantes en este género es la de Bernardo Overberg, presbítero de Munster, que no se contentó con hablar sábiamente de la necesidad de la educación popular y de las ventajas de las escuelas cristianas, sino que fundó y dirigió una con noble desinterés y excelentes resultados (m. 9 de Noviembre de 1826). Análogos servicios han prestado á la educación popular la Congregación de los Mequitistas de Viena para la propagación de buenos libros católicos; la de la misma clase, fundada en Baviera; las publicaciones de Silbert, que ha traducido las mejores obras ascéticas de los siglos pasados; las sociedades bibliográficas establecidas en Bohemia, Munster, Aix-la-Chapelle, Ratisbona, Colonia y Bonn, para difundir entre el pueblo libros útiles y edificantes, como la traducción de las obras de San Francisco de Sales, del padre Luis de Granada, de San Ligorio, la traducción de los libros de la antigüedad y las vidas de los Santos, y en fin, las sábias y piadosas ó poéticas obras de Federico Schlegel, Wesenberg, Clemente Brentano, Schlosser, Diepenbrock, Ed. de Schenk, J. B. Rousseau, Guido Gærres, el conde Poggi, Eduardo Vogt, Beda Weber, Pio Zingerlé, Uladislao Pyker, Crist. y Schmid.

Débase, en gran parte, esa actividad religiosa, ese movimiento científico y cristiano, y ese admirable vuelo del catolicismo, á la valerosa perseverancia de la prensa periódica de la Alemania. A los periódicos teológicos de escasa importancia que había hace veinte años se agregaron, gracias á la iniciativa y sólida cooperación de F. Schlegel, dos revistas periódicas, que han ejercido inmensa influencia sobre la opinión pública y las preocupaciones generalmente concebidas contra el catolicismo.

La Revista teológica de Tubinga (*Tubingertheologische Quartalschrift*) (desde 1819) demuestra con tanta fuerza como habilidad que el catolicismo descansa sobre sólidas bases, y que sostiene la crítica científica tan bien como las pruebas de la vida práctica y real. *El Católico*, que se publica desde 1821, fiel á su divisa: *Christianus mihi nomen, catholicus cognomen*, despertó la conciencia de los católicos, y les devolvió el sentimiento de su dignidad y de



su valor, en los momentos en que la indiferencia religiosa se iba generalizando más que nunca, en que la doctrina católica parecía como borrada del espíritu de las masas, y en que la negación protestante y el racionalismo filosófico se creían victoriosos. Sin dejarse intimidar ni arrebatar por los ultrajes con que lo abrumaron los protestantes, prosiguió el catolicismo su marcha, se fué afirmando en sus progresos, y acabó por oponerse con celo eficaz, aunque rudo algunas veces, á la opresión protestante, y defender con buen éxito los derechos y la libertad de la Iglesia.

Una vez dado el ejemplo y empeñada ventajosamente la lucha, bajaron otros campeones á la liza, y aparecieron nuevos periódicos. Pueden dividirse en tres clases, conforme á su carácter principal: 1.º los periódicos científicos, enlazados particularmente con la Revista de Tubinga, como el nuevo diario teológico de Viena, redactado por Pletz (desde 1840); el Diario de filosofía y teología católicas, publicado en Bonn, que tiene por principal objeto la apología del Hermesianismo (desde 1833); los Anales de teología y filosofía cristianas (desde 1834), que se publican en Giessen; el Diario de teología de Friburgo (desde 1839), que se ocupa con preferencia de teología especulativa y combate los errores filosóficos; los archivos de literatura teológica, que salen en Munich (desde 1842), consagrados especialmente á la crítica de las nuevas publicaciones religiosas, y el Diario de derecho canónico, redactado por el Dr. Seitz, fundado hace poco. Esos periódicos históricos y políticos, creados en 1838, con motivo de las ocurrencias de Colonia, son doctamente redactados y hábilmente dirigidos contra las falsas y arbitrarias interpretaciones de los historiadores protestantes, las teorías erróneas de la política, y el falso y bastardo liberalismo de los enemigos de la Iglesia; en fin, el Anticelso de Schult (desde 1842), que anuncia una apología del catolicismo y una crítica del protestantismo, según las necesidades é ideas del siglo; 2.º los periódicos que se refieren directamente al ministerio pastoral, como la Revista mensual de teología práctica, de Linz; los archivos pastorales, de Constanza; la Atanasia,

de Benkers; el Pastor, de Zarbl, etc.; 3.º los periódicos diarios ó semanales para los sacerdotes y seglares del culto católico, como el amigo de la religión, el Sion, el Diario católico de Francfort y de Passau, el Heraldo de la fé, el Diario eclesiástico de Silesia, el de la Alemania meridional, el del Rhin, el católico del domingo, de Maguncia y de Munster, la Hoja hebdomadaria católica para la Prusia oriental y occidental, el repertorio de Besnard, las Voces católicas, todos los cuales discuten los principales resultados de la ciencia moderna, y en especial de los estudios históricos, publican artículos originales acerca de las verdades religiosas y las instituciones eclesiásticas, y dan á conocer los principales acontecimientos del mundo religioso. Bajo este último punto de vista tienen tanto más valor estos periódicos en Alemania, cuanto que no existe todavía en ella ninguno político que esté redactado en un espíritu católico.

Si, por una parte, estos resultados debían consolar á la Iglesia, por otra tuvo también, y á la par, que dolerse de ciertas resistencias teológicas muy sensibles, y de las tendencias pretendidas liberales de una porción del clero, aún más funestas. Entre estas resistencias debe colocarse en primer lugar el negocio del Hermesianismo. Jorge Hermes, muerto en Bonn el 26 de Marzo de 1831, fué uno de los hombres más beneméritos de la Iglesia de Alemania. Desde sus primeros años se dedicó al estudio de la ciencia sagrada, y si el mundo puede dirigir á este docto y piadoso sacerdote algún cargo, es seguramente el exceso mismo de su celo que terminó su carrera de una manera prematura. Jamás doctor alguno supo inspirar más reconocimiento, cariño y veneración á sus numerosos discípulos, y dar á sus estudios, así como á sus costumbres, una dirección más seria y severa que este profesor. Sin embargo, menester es convenir en que, demasiado seguro Hermes en su modo de ver las cosas, no sufría ningún sistema en comparación con el suyo; y semejante disposición á un dominio exclusivo debía impedirle concebir la doctrina de la Iglesia en toda su pureza. Por esto confiesa que su confianza en sí mismo y